



• Recuerdos de Támara

Los del coro de ADANAE llegamos a Támara en varios coches, escalonadamente. Los primeros fueron Carlos y María, y mandaron un SMS que decía: “¡Nevando!”, porque el tiempo estaba temible. Falsa alarma, no nevó; tampoco dejó nadie de ir; cada uno que llegaba era recibido, como siempre, con



grandes aplausos y vítores; el que más, Rafael Benedito, el maestro. Y vino ataviado de un rojo especial: un rojo que cuando cantamos en la iglesia gótica destacaba con tintes de lujo litúrgico sobre el ocre, casi blanco en algunas zonas. Pero por las señas que hizo al dirigir, estaba comprendiendo a

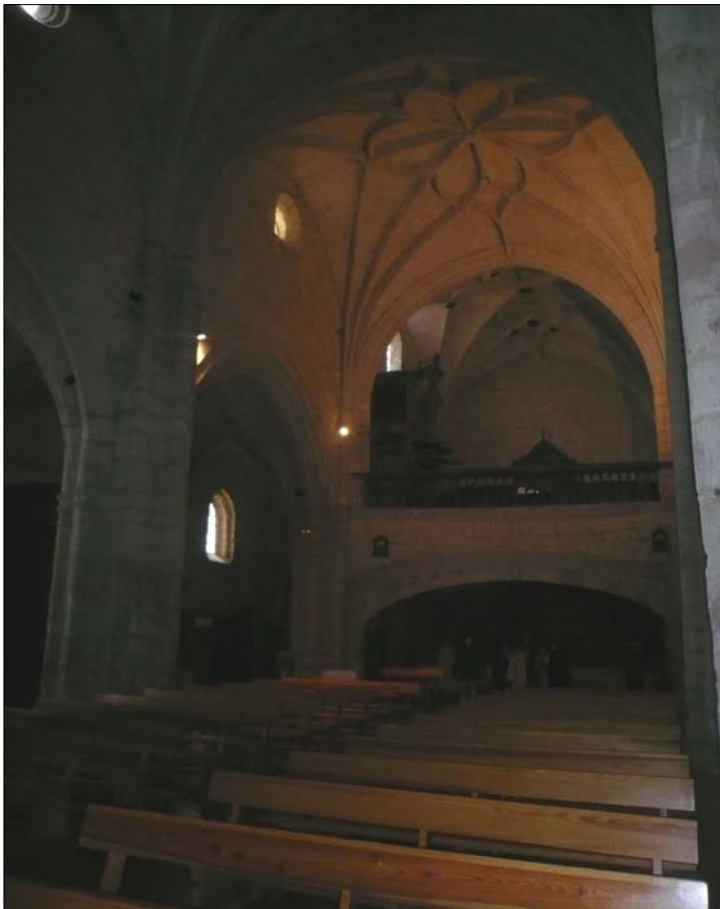
fondo lo frías que se les debían quedar las manos a todos los prelados o no prelados de la iglesia que desde antaño oficiaran allí... ¡Con razón llevaban a veces aquellas mangas tan largas! Porque la iglesia tiene su antigüedad. Su belleza. Pero esto fue al día siguiente, lo de cantar...

La llegada fue el encuentro con un viento helador que no impidió a la mayoría salir a recorrer los alrededores. La Meseta, de un gris marengo a la luz de noviembre, que arreciaba en las grandes siluetas de unos pájaros sobre el gris menos negro del cielo. Aves traídas y llevadas por un viento parecido al del cierzo, que no sabemos, allí, otrora, cuando aún no se había perdido ni un solo nombre, cómo se llamaría... Personalmente, preferí quedarme de charla con la propietaria de la casa rural, Paz

Medina, que trataba de dormitar al amor de la lumbre; pero pronto se espabiló con mis preguntas. Y así, me contó la historia de los cuadros que tiene, hechos a punto de cruz, (algunos realizados por su madre y otros por Vicenta Benedito, prima de Rafael, lo que son las coincidencias, y aún hay más...) que le dan a la casa un aire hogareño muy cálido y acogedor, junto con el comedor y la mesa escritorio de su abuela, (que era la dueña de esa casa situada en plena plaza, junto a la iglesia de San Hipólito, del s. XIV) el cartel, también de punto de cruz, que señala “Un Sitio”... “Todo aquí tiene su historia”, dice. Y habla del trabajo que le costó crear y conjuntar todo aquello, colocarlo con tanto esmero. De paso nos enteramos de que su madre y mi padre estaban en la misma clase del Instituto Escuela.

Por la ventana se veía pasar de vez en cuando algún aldeano, de los cuarenta que viven en Támara, caminando a paso ligero, mayormente por el frío vendaval. Al fondo, por encima de los escalones que parten de la misma plaza, la capilla románica, hospital de peregrinos, hacía rato que había empezado a quedarse en sombras. A las doce, iban a tocar las campanadas con sonido de hojalata de la torre. Algunos ya estábamos en la cama, después de haber cantado mil y una canciones tras la sopa de ajo, a pesar de las advertencias, salpicadas de chistes, del paciente director. Y es que este coro es a veces incontrolable, puede que dada la media de edad imperante, que alcanza altas cotas de júbilo sin tasa.

Yo no quería cantar en aquella iglesia, muy bonita, sí. Pero, con los leotardos debajo de los pantalones, las botas forradas, el abrigo, el gorro, y tal, con un público que se reducía a no más de siete familiares, María le dijo a Mati que posiblemente no podríamos tocar las castañuelas por lo aterido del ambiente. Alberto y ella habían debatido sobre si tendríamos que ir con camisa blanca o no (el no cayó al fin por su peso). Entonces propuse que cantáramos allí, al lado de la chimenea. Dijo Cristina, y también Carlos, que, desde luego, no habíamos llegado hasta allí para quedarnos sin cantar en la gélida iglesia, y, cuando terminaron no sé qué oficios, allá que nos fuimos con las castañuelas en el bolsillo y las manos también.



La alcaldesa, una aldeana bastante delgada y con la melena negra asomando por debajo de un gorro de lana, nos fue explicando con decisión la historia y pormenores de aquellas piedras (“lo que faltaba”, iba yo pensando al respirar aquella paz secular, aunque acabó por interesarme): el órgano, maravilloso, sujeto con una sola columna; las vidrieras, que algunas hubo que remozar; los trabajados retablos, la pila bautismal (tan alta, que no se alcanzaba la gente).

Al fin, subimos unas escaleras retorcidas de piedra, muy desgastadas con la huella de tantas gentes como habrían subido antes que nosotros, y nos colocamos en semicírculo frente al maestro. Empezar a cantar en aquel espacio tan singular el

primer villancico del Auto de Navidad, que casi nunca se canta, fue, súbita, inesperadamente, entrar en un mundo impalpable, o adquirir una experiencia única, tener una sensación rara, gozar de un privilegio gracias al cual, aún sin sentir los dedos de los pies, la voz nos salía muy cálida del cuerpo para perderse en espiral, como las escaleras, por las bóvedas y las columnas. Una bendición o un grato don venido de lo alto. Venido del mismo lugar que el viento racheado: Mientras tanto, -era la una- soplabla en lo más empinado de la torre. Y comenzamos, digo, con la terrenal y poderosa sencillez del villancico:



La Virgen y San José
iban a pasar el río
y en un cestito de flores
llevan al Niño metido.

María y yo pudimos luego tocar las castañuelas, ¡ya lo creo! Nos salió bien, a los del coro de ADANAE, sin importar que hubiera más ni menos público, o que no lo hubiera habido en absoluto, no... Y hay que reconocer que allí aguantamos lo justo. Pero, con todo, tal encuentro de gentes variopintas, unos de “Estudio”, otros, no... durante un par de días; gentes que conviven sin embargo en un feliz respeto y recíproca atención, con algo en común, además de cantar -que une-, muy impreciso y muy importante, ha sido lo mejor. Lo mejor.

Elena Fernández Tomás (prom. 1964).- Fotos de Alberto López Ribé (prom. 1956)